



BIBLIOTECA *MARCEL·LÍ DOMINGO*

Recull de premsa local i comarcal

COMARCA

por
SALVADOR BLANCH BALAGUER

La comarca de Tortosa es de características tan peculiares que pocas habrá que se defina tan claramente en sus límites territoriales y en el carácter y costumbres de sus habitantes. Su geografía es fuerte, dura y complicada, con sus montañas, parques y desiertos, que se extienden hasta el verano del mar. Dado que los elementos geográficos actúan profundamente sobre el hombre, influyendo con eficacia su modo de vida y sus costumbres, de allí que seamos más propensos a la cultura que en otras tierras. La diversidad de labores, el amor a la tradición, la vivaz y la alegría dominan sobre toda otra faceta extraria a nuestro modo de ser y de sentir.

En honor a la mayor nuestra tierra, echemos a cada

nuestro pensamiento por todos los rincones de la comarca, dentro de sus límites medievales señalados en la Carta Puebla otorgada a Tortosa por Berenguer IV con fecha 12 de febrero de 1243. La Carta Puebla de Tortosa, que consta de 140 Cenya y Roca Folletera al mar. Empecemos, pues, por situarnos en uno de los puntos referenciales. Col de Balaguer, serrana hacia y desierta, en cuya falda asentóse la villa de Tortosa, que en su origen era un fortín de piedra y ladrillo, construido por los moros, que lo hacían objeto de sus depredaciones, lo mandó construir el Rey Don Pedro II en los inicios del siglo XIII. En el nacimiento de la Orden de los Caballeros de Tortosa, que se fundó en 1238, se estableció la casa de la orden de cal sobre la playa —en ese litoral luminoso y bello, con el escudo y la quietud de sus «calas». Sigamos tierra adentro. Al lejos, Perelló, de antiguo abadía benedictina, que se fundó en el siglo XI, y que en su día llegó a tener 120 monjes hasta alcanzar la sierra de Cardó, con su altura máxima, Cruz de Santos y su hermoso valle en declive, donde fuentes, bosques y ríos erizados de cañadas pequeñas como figuritas de «peñascos», hallase el tabernáculo que sintió gravemente la visita de Pedro Carmelitas, que durante siglos guardaron de la

paz de Dios en este imponente desierto. Allí abajo, en lo más profundo del paisaje, el Ebro, eterno visirero que corre, amoníco, a fundirse con el mar latino. Benifallet, de clara ascendencia árabe, y Tivémpa, con sus caseríos deslizándose monte abajo, viven inclinados sobre el río. Atravesándolo por frente a otro hito singular, Riba-roja, que se fundó en el siglo XII, y que en su día tuvo su propia villa entre pinos, viñedos y olivos, llegamos al riachuelo Canyelles. Remontándolo, dejamos de lado Prat de Compte, con sus pinas caídas, de inclinación inversa, y nos dirigimos hacia el sur, pasando por la villa de Sant Jaume, que se fundó en el antiguo convento de Franciscanos, lugar de nombreada porque en el estrecho aquél humilde tránsito, Sulevador, que, allá por los años que en las Escrituras aparece se fundó la villa de Tortosa, que en el siglo XII se fundó en el río del mismo nombre. Otro río, el Algás. A su vera, Arnes, fundada en el siglo XIII, sobre las ruinas de un villorrio árabe. Enderezando ergo esa maravillosa locura geológica, ese cono de montaña que se eleva en el centro de la comarca, nos dirigimos hacia el norte, el Matarraña, Mola de Cati, El Matriu, Gibert, Massó, Tossal del Riu, en el que la legendaria reina en consulta a tres Monarcas porque en el convergen los ríos de las cuatro partes de Cataluña, Valencia y Aragón. Los ojos beben con fruición tanto hasta en su parte más importante, Caudiel, que en su parte más remota responden en una vertical perfecta. Hala, hala, arriba! Al fin, en la cumbre máxima, Cova tronca rompe la Virgen de la Cinta. Desde él, la Señora de Montsiá nos muestra la cara de su belleza, que parece la de un angelito de paraíso. Abajo, el paisaje parece sin relieves, achacado. Las poblaciones son manchas blancas y creces sobre el llano aparente. A la izquierda, Allara y Pauls, que se fundieron en el siglo XVII, y que hoy, en su parte más alta, conservan aún fielmente su cancia gatina. Junto al río, Cherta, renta y laboriosa; Aldover, agrícola; Jevia, con noble jerarquía conventual. Roquetas, prestigiosa al albergar la Universidad de Valencia, que en su día tuvo su escuela de medicina. La Cenia, industrial, con su río y su bello paraje de San Pedro. La Galera, Santa Bàrbara y Maudeverga, llanuras, parrigones; Godall, relegado en su parte más alta, que se fundó en el siglo XII, y que conserva su arquitectura tradicional y artística; el macizo montañoso del Montsiá, expléndido mirador sobre el Mediterráneo y antigüamente casadero real. Alcanar, de uberrimos cañones, que se fundó en el siglo XII, pero hoy progresiva, con el atractivo de su Costa Dorada. Amposta, en continuo auge humano y económico, el Delta, vasto y feraz, con sus pueblos activos, alegres. Y en su parte más alta, Vilafranca, su río, su agua, su historia y material.

(Admirable, querida cosa es tu tierra! Varía en su vegetación y usa en lo humano. ¿Lo mejor de ella? El Hombre. El hombre comarcano, temperamental,

con defectos humanos, si, pero también con virtudes sobrehumanas.



